

POEMA XVI.

LA PENITENCIA.

PARTE PRIMERA.

QUE seria del hombre miserable,
 Qué en este mundo errante y deleznable
 Sin velas ni timon navega incierto,
 Si Dios, para que llegue bien al puerto,
 Con dulce providencia
 No le hubiera una tabla preparado?
 Esta tabla es la austera penitencia;
 Por ella sola obtiene la clemencia,
 Por ella se perdona su pecado,
 Y si á dejarlo firme se resuelve,
 A la gracia de Dios otra vez vuelve.

Pero hay dos penitencias, y con ambas
 Al pecador la Iglesia justifica;
 Quiere que el penitente use de entrambas,
 Y en su remedio una y otra aplica,
 La una exterior, que affige á los sentidos,
 Cómplices de los yerros cometidos;
 La otra interior que el corazon resiente:
 De ambas usa el cristiano penitente,

Que hace una penitencia fervorosa;
 Porque fuera ilusion muy peligrosa,
 Y con todo comun entre la gente,
 Pensar que la exterior no es necesaria,
 Para que el hombre expie su pecado.

La Iglesia nunca varia
 Este funesto error ha reprobado.
 Sin duda la interior, cuando es sincera,
 Es la que mas el cielo considera,
 Y la que mas segura guia al puerto;
 Pero tambien es cierto,
 Que la que rigurosa al hombre affige,
 Derecha al mismo puerto le dirige,
 Y para perdonar al que es culpable,
 Es eficaz como es indispensable.

Del cristiano moral es fundamento
 Que de la culpa el vil atrevimiento
 Solo la penitencia justifica,
 Que la sangre la mancha purifica,
 Que el que de tal borron quedó infestado,
 Para que quede limpia su conciencia,
 Debe lavar lo con la penitencia;
 Que pues el cuerpo concurrió al pecado,
 Y nos sedujo como falso amigo,
 Victima debe ser en el castigo,
 Con que debe purgarse el atentado;
 Que cómplice del mal y su instrumento,
 Parte debe tener en el tormento.
 El Evangelio y todo la Escritura,

Cuando nos hablan de la penitencia
 Que nos puede inspirar alguna calma,
 Con voz firme y segura
 Entienden la del cuerpo y la del alma.
 „El que quisiere ser, Jesus nos dice,
 „Mi discípulo fiel, que se renuncie,
 „Que cargue con su cruz, y que me siga,
 „Para entrar en el reino de los cielos,
 „Es fuerza arrebatarlo con violencia;
 „El camino que guia hácia la vida
 „Es estrecho, y son pocos los que le andan;
 „Yo no traje la paz, sino la guerra”
 Tales son los oráculos sagrados
 Por la verdad eterna pronunciados;
 Y ve aquí como el hombre debe armarse,
 Para tomar esfuerzo y superarse.

El grande Apóstol, el cristiano Maestro,
 Que ha aprendido en su escuela, y fué tan diestro
 En seguir tan difíciles caminos,
 Explica estos oráculos divinos.
 San Pablo dejó escrito: los que tratan
 De imitar á Jesus crucificado,
 Para poder seguir este dechado,
 Crucifican su carne, la maltratan;
 Pues los rigores de la penitencia
 Quitan todo el poder á su violencia.
 De modo que el que así se santifica,
 El corazon no solo sacrifica
 Con el dolor de la divina injuria,

Sino tambien la carne, esa vil furia,
 Que siempre flaca, siempre delincuente
 Al espíritu indómita combate,
 Que se muestra tenaz, desobediente,
 Y las mas veces pérfida le abate.

El deber que á los otros imponia,
 Para sí mismo Pablo le tomaba.
 Yo castigo mi cuerpo, nos decia,
 Y en efecto cruel le castigaba;
 Yo le reduzco á servidumbre dura,
 Porque fuera locura,
 Cuando á los otros fiel he predicado,
 Venir á ser yo mismo reprobado.

Todos los santos con la luz divina
 De este modo entendieron su doctrina,
 Y se les vieron siempre entre las manos
 Todos los instrumentos inhumanos;
 Que afligen y maltratan los sentidos,
 Y con su propia sangre ya teñidos.
 Cubiertos del cilicio y la ceniza
 Miraban el placer con ojeriza,
 Y con celo ferviente é inexhausto
 Ofrecian su cuerpo en holocausto.

Se les ha visto pobres, macilentos,
 De ayunos y vigilijs extenuados,
 Entre cruces, angustias y tormentos
 Con miembros ó torcidos, ó alterados,
 Con pálidos semblantes descarnados,
 Y con otras mil señas, que mostraban

El rigor con que siempre se trataban;
 Y á pesar de una vida tan severa,
 Y de una penitencia tan entera,
 Trémulos todavía vacilaban,
 Con inquieto terror no sosegaban,
 Y decían los unos á los otros:
 ¡El Señor, á quien hemos ultrajado,
 Habrá nuestros delitos perdonado?
 ¡Qué será, Dios eterno, de nosotros?
 Si así tiemblan los que hacen penitencia,
 Vednos, Señor, con ojos de clemencia.

Pero si estos ejemplos tú no has visto,
 Voy á mostrarte el mas extraordinario.
 Marchemos en espíritu al Calvario,
 Y mira muy atento á Jesucristo.
 Mírale padecer muerte cruenta,
 Este es el grande, el superior modelo,
 Que á los cristianos ha propuesto el cielo.
 ¡Santo Dios! ¡qué espectáculo presenta
 Tu amor á nuestra fe que está asombrada?
 Tu divina cabeza coronada
 De espinas que feroces la atraviesan,
 Tus bellos ojos de llorar no cesan,
 Tu boca, en que reinaba la dulzura,
 Está llena de hiel y de amargura,
 Tus celestiales manos taladradas
 Contra un duro madero estan clavadas,
 Tu dulce corazón está partido
 Con una lanza que cruel le ha herido,

Todo tu cuerpo roto, ensangrentado,
 Y con llagas profundas destrozado.
 Pero tantos tormentos inauditos,
 Esa sangre, esa cruz, esas heridas
 ¡Qué son, mi Dios, sino elocuentes gritos,
 Con que tú con tu ejemplo nos convidas
 A domar los injustos apetitos,
 A que el cuerpo rebelde castigemos,
 Y los sentidos todos sujetemos?
 Quien no entiende este aviso soberano,
 O no tiene razon, ó no es cristiano;
 Mas tambien el cristiano que lo entiende,
 Y que no obstante vive relajado,
 Que lleno de dulzura ser pretende
 Miembro de un Dios que fué crucificado,
 En vano toma de cristiano el nombre;
 Apénas es gentil, apénas hombre.

Que despues de las prácticas lecciones
 Que nos dió nuestro Gefe soberano,
 No se atreva á decir ningun mundano
 Que vive con sus falsas ilusiones,
 Y con sentidos al placer abiertos,
 Que las austeridades penitentes
 Solo pueden ser propias para gentes
 Que viven en los claustros y desiertos;
 Máxima muy comun, pero funesta,
 Que la Iglesia católica detesta.

Decid pues, ¡las pasiones licenciosas,
 En el mundo se ven ménos frecuentes,

Ménos vivas, ó ménos peligrosas?
 ¿No se debe evitar allí el pecado?
 ¿Y cuándo ó quién al mundo ha dispensado
 De la ley general que nos condena,
 Y á todos los cristianos les ordena
 Tomar su propia cruz para cargarla,
 Crucificar su carne y sujetarla,
 Renunciarse á sí mismo, á su derecho,
 Y entrar en fin en el camino estrecho?

Y qué, ¿las penitencias corporales,
 Que curan á las almas de sus males,
 Son en el mundo ménos necesarias
 Que á las gentes que viven solitarias?
 ¿Y de la penitencia los rigores
 Ménos útiles son á pecadores,
 Que viven en el mundo incautamente,
 Que al que en la religion vive inocente,
 Aprovechando de la fé los medios?
 Esto fuera decir que los remedios
 Ménos útiles son, ó son mas vanos
 A los que estan enfermos, que á los sanos;
 Que cuanto mas el hombre es delincuente,
 Tanto ser debe ménos penitente.

En fin que mires las maceraciones
 Como justas debidas precauciones,
 Que preservan al alma de pecado,
 O como medio propio y adecuado
 Para lavar la mancha, si ha caído.
 ¿Qué mortal que tuviere algun sentido,

Puede un instante solo haber dudado
 Que sean necesarias en el mundo,
 Que de tantos peligros es fecundo,
 Mas que al que vive ya desengañado
 En claustros ó desiertos sepultado?

PARTE SEGUNDA.

SE dice que en el mundo es imposible
 Sostener con teson el inflexible
 Rigor de la severa penitencia,
 Que fuera menester mucha violencia,
 Que este estado no es propio para el mundo,
 Y que todo conato fuera vano;
 Pero el primer estado es ser cristiano,
 El débil pecador es el segundo,
 Y el tercero por justo consiguiente
 Debe ser el de humilde penitente.

Pero en el mundo santos á millones,
 Aun habiendo nacido sobre el trono,
 Sin hacer de este título abandono,
 Han practicado las maceraciones,
 Y con este ejercicio tan sagrado
 La púrpura y el trono han ilustrado.
 No ponian su gloria en nacer reyes,
 En mandar un imperio, y darle leyes;
 No era su gloria verse soberanos,
 Sino ser penitentes y cristianos.

Se dice, (porque ¿qué es lo que se calla?)

Y como el propio amor razones halla,
 Para que el buen ejemplo no se imite,
 Se dice: La salud no lo permite,
 Y Dios los imposibles no pretende,
 Antes hacerse mal también le ofende.
 ¿Mas su salud está tan quebrantada,
 Que ciertamente no permita nada?
 ¿Y solo les permite lo que hacen,
 Cuando todos sus gustos satisfacen?
 El amor propio ¿no se lisonjea,
 Y persuade lo mismo que desea?
 Pero no obstante la salud quebrada,
 Y á pesar de esta queja ponderada,
 ¿No pudiera acortarse algo del sueño?
 Y si este le parece duro empeño,
 ¿No le fuera siquiera permitida
 Alguna privación en la comida?
 ¿No pudiera buscar ocupaciones,
 Porque sus días no se pasen vanos,
 Y aplicarse al trabajo de las manos?
 ¿Sufrir de las anuales estaciones
 Las necesarias incomodidades
 Sin tantas quejas ni importunidades?
 Además de todo esto, ¿no pudiera
 En tanto adorno, tantas vanidades,
 En tanta copia de superfluidades
 Encontrar fácilmente, si quisiera,
 Como hacer un pequeño sacrificio,
 Destinándole á Dios y su servicio?

Dios sin duda no pide lo imposible;
 Pero él solo severo é impasible,
 Puede juzgar si con verdad lo era.
 ¿Quién no se espantará si considera
 Que el mismo que por Dios sufrir no puede,
 Y que á sus males indolente cede,
 Con valor esforzado y sin segundo
 Lo sufre todo, si lo pide el mundo?
 El puede trasnochar, pasar sin fuegos
 Los días y las noches en el juego;
 Pero tener no puede su cordura
 Un rato de oración ó de lectura.
 Está en estado de pasar el día,
 Prosiguiendo un negocio con porfía;
 Pero nunca pudiera sin quebranto,
 Pasar un rato en ejercicio santo.
 No se encuentra la fuerza suficiente
 Para ser un cristiano penitente;
 Pero prueba con claro testimonio,
 Poder ser penitente del demonio.
 ¿Qué ceguedad cristianos! ¿qué locura!
 ¿Por qué pues no corremos con ternura
 A echarnos á los piés de Jesucristo?
 ¿Quién dejará de hacer lo que le ha visto?
 Si le tomo por mi único modelo,
 Me ha prometido conducirme al cielo;
 Mas si puedo imitarle, y no le imito,
 Será el Juez que castigue mi delito.
 Porque remedio no hay, todo pecado

Debe ser una vez purificado,
 O en esta vida por la penitencia,
 O en la otra con la llama indeficiente
 De un fuego vengador, cuya violencia
 Lo quema sin destruirlo eternamente.
 No hay mas que dos caminos para el cielo,
 Y el hombre que ha perdido su inocencia,
 ¿Qué puede hacer sino con grande anhelo
 Ir y abrazarse con la penitencia?

¡Sí, mi Dios! yo te ofresco arrepentido
 Un corazon humilde y compungido;
 Es mi infiel corazon el que ha pecado,
 Y es el que debe ser mas castigado:
 Pues gozó de una pérfida dulzura,
 Es justo que ahora sufra la amargura;
 De él salieron mis gustos corrompidos,
 Y de él deben salir mis alaridos.
 Yo sé que eres, Señor, un Dios celoso,
 Y todo sacrificio te es odioso,
 Si cuando el corazon te le prepara,
 No es él mismo la víctima y el ara.

¡Ah! cuando el pecador abra los ojos,
 Y le alumbren los tristes desengaños,
 ¿Cuáles serán sus ansias, sus enojos,
 De haber pasado tantos bellos años
 En el error del mundo consumidos,
 Para la eternidad todos perdidos?
 ¿Y dónde estan ahora tantos años?
 Pasaron todos, pero no sus daños;

Pasaron, y con ellos sus delitos,
 Pero en el libro eterno estan escritos;
 Pasaron, y con marcha muy violenta,
 Pero les queda la terrible cuenta;
 Se fueron como el humo vaporoso,
 Pero falta el castigo riguroso.

¡O Dios! yo le merezco, y me someto;
 Es justo, que quien fué tan indiscreto,
 Y con tanta insolencia te ha ultrajado,
 Sea por tu justicia castigado;
 Mas tu justicia es dulce é indulgente:
 Castiga al miserable delincuente,
 Pero te apiade su dolor profundo:
 Castígale, Señor, en este mundo,
 Acepta su tardía penitencia,
 Y sea tu castigo con clemencia.

Mas ¿qué se pensará de pecadores,
 Que llenos de delitos y de horrores,
 Y con tantos motivos de afligirse,
 Que encontrar no debieran un asilo,
 Se les ve sosegados divertirse,
 Con dolor quieto, con pesar tranquilo?
 ¿Es esta penitencia, Dios eterno!
 ¿Dónde está aquel dolor vivo é interno,
 Que rompe el corazon, que le devora,
 Que hierre siempre, y sin cesar implora?
 ¿Este dolor activo que á Dios tiene
 Por principio y por fin, y que de él viene?
 ¿Este dolor, que universal se extiende

A cuanto á Dios disgusta, á Dios ofende?
 ¡ Este dolor que al corazon aflige,
 Y consternado al cielo se dirige,
 Porque á Dios ha ofendido,
 Y que su gracia mísero ha perdido,
 Y que se affige mas que se affigiera
 Si en un instante súbito perdiera
 El amigo ó la esposa mas querida,
 La libertad, los bienes y la vida,
 Y mas en fin que la muyor desgracia?
 ¡ Cuál iguala á perder de Dios la gracia?
 Bien sé, piadoso Dios, que no te ofende
 Que no siempre el dolor sea sensible:
 Tal vez al corazon no le es posible,
 Y del alma á lo ménos no depende;
 Mas siempre debe ser dolor sincero,
 Un disgusto eficaz y verdadero,
 Que causa continuadas pesadumbres,
 Que produzca mudanza en las costumbres,
 Y con una conducta sometida
 Mejore todo el órden de la vida.
 ¡ Qué es lo que un penitente,
 Si es sincero, y de véras se arrepiente,
 No emprende, no soporta y no practica?
 ¡ Qué es lo que su valor no sacrifica?
 Pero yo miserable, que he pecado,
 ¡ Qué es lo que he hecho? ¡ qué he sacrificado?
 ¡ Y cómo vivo á vista de la muerte?
 ¡ Dios piadoso, yo tiemblo de mi suerte!

Pero si no hay remedio; si el culpado
 Debe llorar la mancha del pecado,
 Y lavarla con dura penitencia;
 Si el cielo no se gana sin violencia;
 Y si el que aquí sus deudas no desquita,
 Las paga con atroz pena infinita,
 Yo me resuelvo, salgo del letargo:
 Que el dolor mas profundo, mas amargo
 Rompa mi corazon con su violencia,
 Y que empiece mi santa penitencia.
 ¡ Dios de misericordia! ¡ Dios piadoso!
 Yo me arrojo á tus plantas vergonzoso,
 Como víctima horrible del delito;
 Pero, Señor, con ánimo contrito.
 Confieso que pequé loco, ignorante,
 Que pequé contra tí, Jesus amante,
 Que sofoqué la luz de mi conciencia,
 Que abusé de tu gracia y tu paciencia,
 Que he violado tu ley siempre adorable,
 Que he pisado tu sangre venerable,
 Que siempre injusto, siempre corrompido
 Mil veces el infierno he merecido.
 Cuando pasara yo toda mi vida
 En lágrimas amargas sumergida;
 Cuando verter pudieran mis pesares
 Mas agua que caber puede en los mares;
 Cuando sufriera todos los tormentos,
 Y mucho mas violentos
 Que los mártires santos han sufrido;

Cuando me viera todo consumido
 Por el hierro y el fuego, esto no fuera
 Satisfaccion entera,
 Males proporcionados
 A la gran multitud de mis pecados.
 Dios justo, pero dulce é indulgente,
 ¿Qué puede hacer un pobre delincuente,
 Sino echarse rendido entre tus brazos
 Para formar contigo eternos lazos,
 Para implorar humilde tus bondades,
 Excitar con su llanto tus piedades,
 Y rogarte que hablandes la justicia
 Que tanto ha merecido mi malicia?
 Para este bien, Señor, yo te presento
 El mérito infinito, el sufrimiento
 De ese Hijo divino que me has dado,
 Y todos mis delitos ha pagado;
 Esa sangre que pródigo ha vertido,
 Es toda mia, pues me la ha cedido;
 Esos merecimientos que ha ganado,
 Mios son, pues por mí los ha pasado;
 Y pues te ofresco tan excelsos dones,
 Con justicia te pido me perdones.
 Ya conozco mi error, ¡error funesto!
 Ya mis culpas confieso y las detesto.
 ¡O Dios! te imploro á fin de que hoy asombres
 A los ángeles mismos y á los hombres,
 Y que ninguno pierda la esperanza,
 Viendo que tu bondad hasta mí alcanza.

Mi llanto empieza ahora, pero espero
 Que ha de llegar hasta mi fin postrero.

 POEMA XVII.

 LOS SUFRIMIENTOS.

 PARTE PRIMERA.

¿CÓMO es posible que ningun cristiano
 De ideas justas y de juicio sano
 Pueda nunca mirar los sufrimientos
 Que nos vienen de Dios como tormentos,
 Y que crea engañado
 Que, porque sufre mucho, es desdichado?
 Que el idólatra ciego así lo crea;
 Que lo crea el gentil, que sin idea
 De nuestra Religion solo pretende
 Contentar sus sentidos, no sorprende;
 Mas si un cristiano por la fe ilustrado,
 Y que adora á su Dios crucificado,
 De cuya Religion los fundamentos
 Estan en la paciencia y sufrimientos,
 Si este se llama en ellos infelice,
 Su fe abjura, y si no se contradice.

¡ Ah ! que este bello nombre de cristiano
 En nosotros no sea un nombre vano ;
 Que nuestro corazon tambien lo sea ,
 Y cuando en penas miseras se vea ,
 Que conozca su mérito y su precio ,
 Y las reciba con el justo aprecio .

Si somos pecadores , con las penas ,
 El Señor que está siempre á nuestro lado ,
 Nos hace conocer nuestro pecado ,
 Y rompemos tal vez nuestras cadenas .
 En todo tiempo las adversidades
 A los hombres han hecho el buen oficio
 De mostrarles el duro precipicio
 A que los llevan las felicidades .

Miéntras el pecador vive en el seno
 De la prosperidad siempre funesta ,
 Turbada su razon , no está dispuesta
 A buscar ni lo justo ni lo bueno .
 ¿ Quién en sus gustos puede sujetarla ?
 ¿ Quién podrá en sus desvíos corregirle
 Si se olvida de Dios para servirle ,
 Y de su alma tambien para salvarla ?

Una tropa de objetos agradables
 Ocupan su atencion , y la desvian
 De todos los objetos que podrian
 Despertarle de sueños tan amables ;
 Sus ojos se detienen solamente
 En los objetos que impetuoso busca ,
 En todos los demas ciego se ofusca ,

Y cerrados estan perpetuamente ;
 Así no advierte su delirio loco ,
 No le conoce , ó le conoce poco ;
 Si tal vez una idea se despierta ,
 Como esta idea su placer amarga ,
 Y que solo el placer su pecho embarga ,
 Corre á cerrarle rápido la puerta .

¿ Y qué pueden hacer en tantos males
 Ideas vagas y superficiales ,
 Que se disipan presto y no producen ?
 ¿ Ideas tan oscuras y confusas ,
 Que no esclarecen porque apenas lucen ?
 ¿ Ideas tan torcidas , tan obtusas ,
 Que dando á los objetos sus colores ,
 Engañan con mentidos resplandores ?
 ¿ Ideas tan inquietas é importunas ,
 Que si por dicha algunas
 A su pesar el alma se presenta ,
 Las arroja veloz y las ahuyenta ?
 En fin , ideas flojas , perezosas ,
 Que de ordinario son muy infructuosas .

Pero entónces ¿ qué medios son capaces
 De hacer estas ideas eficaces ?
 Que vengán los pesares y aflicciones ,
 Que con sus duras puntas y aguijones
 El corazon aflijan , y al instante
 Todas las cosas mudan de semblante .

Por alejar empieza desde luego
 Esos objetos que le tienen ciego .

El triste pecador sin su presencia
 Echa una vista vaga á su conciencia,
 La mira como un caos confundido,
 Y semejante al hombre que ha salido
 De un profundo letargo, abre los ojos,
 Y mira con sorpresa y con enojos
 El espantoso horrible precipicio,
 A cuyo borde le tenia el vicio.

Ya no son las ideas tan fugaces:
 La eternidad terrible se presenta
 Con sus armas, que son tan eficaces
 Desde que la razon las mira atenta;
 La fe que parecia fallecida,
 Resucita y adquiere nueva vida;
 Y la gracia encontrando con la puerta
 Del corazon indócil que está abierta,
 Pues entraron en él las aflicciones,
 Encienden las antorchas, los blandones
 Por el cielo á los hombres concedidos,
 Y que ya parecian extinguidos.

El pecador entónces alumbrado
 Con tanta luz, conoce la injusticia,
 La vergüenza, el oprobio, la malicia,
 Toda la enormidad de su pecado.
 ¿Qué ejemplos no tenemos repetidos
 En David, Manasés, y en otros tantos,
 Que malos eran, y se hicieron santos,
 Porque por Dios se vieron afligidos?

Pero el conocimiento no es bastante,

Es menester tambien que lo deteste,
 Que lo abandone y deje, aunque le cueste.
 ¡Ah! prosigue tu obra, Dios amante:
 Aflige al pecador que está obstinado,
 Y le verás, contrito y humillado,
 Venir entre tus brazos á acogerse,
 Como el tímido niño que aterrado
 En el seno materno va á esconderse.

Este es, dice Agustin, el adorable
 Misterio con que obscura, impenetrable
 Sabe de Dios la excelsa providencia
 A los hombres llamar á penitencia;
 Pues Dios, dice este Padre, nos envia
 Por su bondad reveses algun dia;
 Pero á veces dilata la venganza,
 Y se aumenta el castigo en la tardanza.

Porque así como en Dios se considera
 Una bondad sin aire de severa,
 Pero que solo por salvar castiga,
 Hay tambien un rigor que se mitiga,
 Que parece á los ojos indulgencia,
 Pero que el golpe da con mas violencia;
 Y nunca muestra mas á los mortales
 Esta piedad tan dulce, aunque severa,
 Que cuando entre las penas y los males
 Les hace hallar la senda verdadera;
 Cuando piadoso al hombre ha contristado,
 Y le hace renunciar á su pecado.
 El dia llegará que lo veamos,

Que su amante piedad reconozcamos,
Y entonces á estas tristes aficciones
Llamarémos amor y bendiciones.

PARTE SEGUNDA.

PECADOR afligido y miserable,
Que en tus penas estas inconsolable,
Tú te quejas de ver correr tus dias
En las cruces, las ansias y agonías;
De no hallar mas que afan y que amargura
En el mundo, una pérftda dulzura,
Falsos amigos, alevosos tratos,
Hombres injustos, frívolos é ingratos;
De no hallar en la senda en que caminas,
Mas que muchos abrojos con espinas:
Tú lloras triste y de llorar no dejas,
De tus labios no salen mas que quejas.
Es verdad que son grandes tus reveses,
¿ Mas cuándo entenderás tus intereses?
¿ Cuándo conocerás la sabia mano,
Que con impulso oculto y soberano,
Movido de su amor, dulce te hiere,
Porque á su reino conducirte quiere?

Sí, feliz pecador, preciso era
Que compasivo Dios contigo hiciera
Lo que hizo con Tobías: fué cegarle,
Para poder despues la vista darle;
Con Saulo, á quien su mano dulce y santa

Echa por tierra, y luego le levanta;
Y con Lázaro en fin, que precipita
En la tumba, y despues le resucita.

Al cielo ¿ qué otro medio le ha quedado
Para sacarte de tu mal estado?

Tú habias apurado cuantos medios
Nos da la Providencia por remedios:
Inspiraciones santas, pensamientos,
Vivos del corazon remordimientos,
Ejemplos y consejos saludables,
Y cuantos medios son imaginables,
Todos han sido usados por el cielo,
Que en salvarte trabaja con anhelo;
Pero inútiles todos los hiciste,
Porque siempre á la gracia resististe,
Y en sus tesoros Dios ya no tenia
Mas que las duras puntas que te envia.

¿ Quisieras pues que Dios te abandonara,
Y que en tus propias manos te dejara,
Cuando ya cerca estás del precipicio?
¿ Quisieras que la víctima engordara,
Para que consumara el sacrificio?
No, Dios mio: destruye, corta, hiere;
Esos rigores mi razon prefiere,
Y esa indulgencia triste y aparente
Seria la señal mas evidente
De tus enojos, como la amargura
Es la prueba mejor de tu ternura.
¿ Cuántos habrá que fueron pecadores,

Que hoy habitan el cielo venturosos,
 Que no deben el verse tan dichosos
 Sino á estas aflicciones y rigores,
 Y que nunca lloraron sus pecados,
 Sino cuando se vieron desdichados?
 ¡Cuántos en el infierno sumergidos
 Hoy gozarán del cielo las delicias,
 Si en lugar de riquezas y caricias,
 Se hubieran visto pobres y oprimidos?
 ¡Y cuántos santos hoy pueblan el cielo,
 Que fueran miserables reprobados,
 Si con gloria y placeres continuados
 No hubieran conocido el desconsuelo?

Cuando las penas á los hombres guian,
 Otra grande ventaja tambien tienen,
 Y es que al pecado luego lo detienen,
 Y que despues con su rigor lo expian.
 El Espíritu Santo lo asegura,
 Cuando dice que el tiempo de amargura,
 Es el tiempo tambien de la indulgencia,
 El tiempo de perdon por excelencia.

En el órden de Dios y su justicia
 Tiene cada pecado su malicia,
 Y cada cual tambien tiene su pena:
 El cielo á soportarla le condena,
 O en esta vida con dolor paciente,
 O en la otra para siempre eternamente.
 Así es la diferencia incomprensible:
 En esta vida corta y transitoria

Es la pena ligera y meritoria,
 Pero en la otra es eterna é inflexible.

Mira pues, pecador, que tanto lloras
 Penas ligeras y de pocas horas,
 Cuántas debes á Dios gracias sinceras
 Por un cambio que te es tan ventajoso:
 Un suplicio sin fin tan horroroso
 Por pocas aflicciones y ligeras;
 El golpe vengador de un brazo eterno,
 Que te hiere feroz para matarte,
 O el blando golpe del amor paterno,
 Que te amenaza para libertarte.
 Mira de la razon cuanto te alejas,
 Si en vez de darle gracias le das quejas.

Tú sufres, pecador; ¡pero padeces
 Mas allá de lo mucho que mereces!
 El fuego de la fiebre te devora,
 No descansas un dia ni una hora;
 ¡Mas piensas que ese fuego es tan violento
 Como el fuego que sirve de tormento
 En el infierno al que cayó en su abismo,
 Y donde estar debieras ya tú mismo?

Eres pobre: del cielo la clemencia
 Te reduce á la mísera indigencia;
 ¡Mas crees que tu destino desdichado
 Lo sea tanto como el reprobado,
 Que no tiene mas bienes ni mas lecho
 Que su rabia, su furia y su despecho?
 Echa la vista á todas las regiones,

Y dí: ¿ Si en todo lo que á ver alcanzas
Hay tormentos, afanes y aficciones,
Que puedan compararse á estas venganzas?

Caigamos pues en tierra, y abracemos
Esta cruz de que tanto nos dolemos;
Besemos esa mano que nos hiere,
Que nos avisa, y que salvamos quiere,

Adoremos un Dios que está despierto,
Pero que tiene el corazon abierto,
Que le amenaza, y el castigo emplea;
Mas que siempre benigno é indulgente
Pronto está á recibir al penitente,
Porque salvar al peccador desea.

POEMA XVIII.

LA CONCIENCIA.

PARTE PRIMERA.

En este mundo tan obscuro y vario
Conocimiento no hay tan necesario,
Como el conocimiento de sí mismo.
El corazon del hombre es un abismo;
Conocerle pues bien, y su conciencia,

Es lo que importa mas á su existencia,
Pues de él depende la virtud ó el vicio,
La rectitud ó falsedad del juicio.

La conciencia del hombre puede hallarse
En cuatro situaciones diferentes,
Y debe con cuidado examinarse
Para huir de peligros inminentes:
O es conciencia derecha, y es divina;
O es dudosa, que no se determina;
O errónea, que procede alucinada;
O ciega en fin, que va precipitada.
Si estas cuatro conciencias examina,
Podrá hallar cada cual lo que es ahora,
Y lo que debe hacer por su mejora.

La conciencia derecha es el juicio
De la recta razon, la luz que muestra
Lo que distingue á la virtud del vicio;
Una voz interior, eficaz maestra,
Que enseña lo que es malo y lo que es bueno,
Lo que la ley permite, y lo que veda;
Con la cual toda accion hace sereno,
Porque ninguna duda no le queda.

Es la voz con que Dios se explica al hombre
Y que nos habla en su divino nombre;
Un rayo celestial, que al mortal rige,
Que le alumbrá en su marcha, y le dirige:
Tal es en general nuestra conciencia,
Mientras el hombre guarda su inocencia,
Y se conserva de la misma suerte.